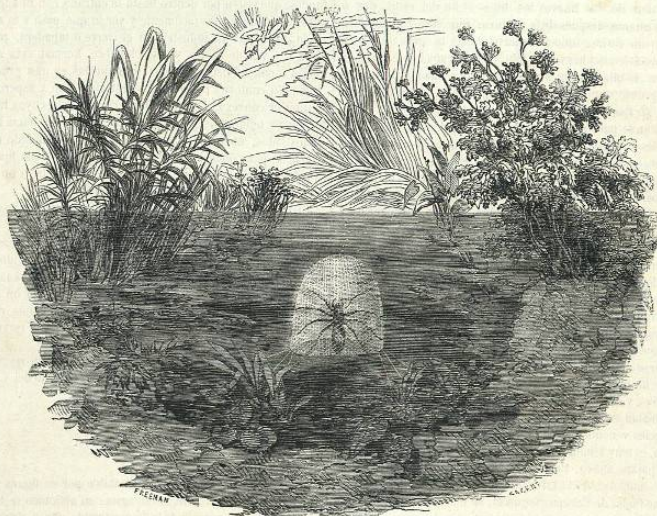


producida por el animal con ayuda de sus patas traseras y que va estendiendo en una capa finísima sobre las dos superficies interna y esterna del fanal. Esta materia se endurece pronto, y forma un obstáculo á la salida del aire que despues debe llenar la celdilla. El movimiento de las argironetas mientras dura esta especie de fabricacion es muy curioso: se frotan el cuerpo con una viveza extrema, como si fueran presa de una especie de fiebre que no cesa sino des-



Nido de la argironeta acutica. — Tamaño natural.

su habitacion con las patas aplicadas al fanal y la cabeza hacia arriba.

Tambien es muy singular el mecanismo á cuyo beneficio el animal suministra á su habitacion el fluido respiratorio: nada hacia la superficie del agua con la cabeza abajo, eleva por encima de su superficie la estremidad posterior de su abdomen, dilata esta operacion se forma una bola de aire, que independientemente de la capa plateada que envuelve su abdomen, se muestra en la parte posterior. Despues nada hacia el talle de la planta en donde quiere fijar su nido, y toca la bolita de aire que se suelta enseguida y se adhiere á la planta. De alli vuelve á subir á la superficie, donde vuelve á tomar otra bola de aire que añade á la primera, procediendo de este modo hasta que llena su fanal.

La argironeta pasa la mayor parte de su existencia dentro de su campana llena de aire; alli se alimenta, deposita sus huevos y cria; la construye en la primavera, pone los huevos en el verano, y habita alli todo el invierno, sin salir mas que accidentalmente, ya para ir á buscar aire á la superficie del agua, ya para ir al continente mas próximo á

buscar insectos terrestres, que en cuanto los encuentra los lleva bajo el agua y los devora en su habitacion. Puede ser que la argironeta no busque estos insectos sino á falta de los acuáticos: para apoderarse de estos últimos, tiende sus hilos en distintas direcciones alrededor de su morada, y en cuanto los coje los come inmediatamente, ó los deja atados al hilo como para guardar provisiones.

Los huevos se hallan envueltos en un capullo de seda; son de un color amarillo anaranjado, y se les distingue fácilmente á través del tejido firme y blanco del capullo.

Apenas han nacido los hijuelos cuando ya piensan en construirse una habitacion análoga á la de sus padres; á veces se ven fanales en las aguas en proporciones casi imperceptibles.

La argironeta construye todos los años su nido en el mismo sitio; busca las aguas poco profundas, que corren lentamente, y donde se hallen los pequeños insectos que la sirven de alimento.

En Francia fué observada en una charca du Petit-Gentilly cerca de Paris y en las cercanías de Laon y de Burdeos, á cuatro leguas del Mans donde fué estudiada por primera

vez por el padre de Lignac, sacerdote del Oratorio en 1748.

Esta araña en el estado adulto tiene á 66 líneas de anchura y otras tantas de largo; en nuestra lámina se ve del tamaño natural en el interior de su fanal.

HISTORIA

DEL

ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

(Véanse las págs. 291 y 301.)

IV.

El 18 de junio de 1815, los últimos rayos del dia alumbraban el vasto y sangriento teatro de una lucha en que el genio de Napoleon sucumbia bajo una fatalidad terrible. En vano habia multiplicado á su favor las probabilidades de la victoria; habia contado sin la tardanza de uno de sus mejores cañones, cuya falta debia expiar tan cruelmente. El emperador, atacado por los ejércitos de Blucher y de Wellington, trataba todavia de resistir á unas tropas tan superiores en número; á su voz los soldados franceses corrian á arrosar la metralla, y no desesperaban aun de vencer.

Napoleon estaba en todas partes, se le veia precipitarse en lo mas fuerte de la refriega para dar órdenes, para hacer vigilar los movimientos, cuya ejecucion podia detener la marcha victoriosa del enemigo. Constantemente á caballo desde las diez de la mañana, habia fatigado á cinco ó seis caballos, y el que montaba en aquel momento supremo iba á caer rendido tambien, tal vez á dejarle en medio de los escuadrones prusianos é ingleses, que inundaban el campo de batalla. Eran cerca de las ocho de la noche.

Uno de sus ayudantes le hizo observar el peligro que corria.

— Bueno! exclamó; que me traigan otro caballo.

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando se presentó delante de él un jinete, que conducia un caballo por la brida.

— Señor, le dijo, V. M. está obedecido.

Al mismo tiempo se apeaba de su caballo y conducia el otro al emperador, para que este pudiera montar mas pronto.

Napoleon miró aquel caballo que estaba cubierto de barro.

— Qué quieres tú que haga con ese pobre animal? exclamó con acento de mal humor. Quiero un caballo fresco y ese debe estar rebentado, pues le monté esta mañana por mas de cinco horas.

— No importa, señor; os aseguro que andará tan bien y mejor que un caballo fresco; ademas, los otros están demasiado léjos de aqui.

Napoleon no estaba de humor de discutir mas tiempo con su picador; se apeó y montó el nuevo caballo que le habian traído.

— Ah! es Acacia! dijo.

— Sí, señor.

Apenas habia vuelto á montar el emperador, una masa enorme de caballeria inglesa, cayó sobre los tres ó cuatro batallones de la guardia imperial, con que Cambrone trataba de cubrir la retirada del ejército francés, una granada derriba del caballo á aquel general; pero el cuadro que ha hecho formar, sostiene heroicamente el fuego del enemigo;

una lluvia de fuego, que parte de aquella ciudadela viva cubre á los soldados de Wellington, y los obliga á retroceder; entónces el cuadro se entreaire, pero es para recibir al mismo Napoleon, que se lanza en su centro para evitar ser hecho prisionero, ó muerto: le acompañan los mariscales Soult, Ney, y los generales Bertrand, Drouot, Corbineau, Fiafant y La Bedoyère.

Parece que el enemigo ha adivinado que Napoleon está alli, y se encarniza contra el cuadro que le protege; pero ántes de llegar hasta él, es preciso matar hasta el último de sus granaderos. El emperador ha puesto mano á su espada, lo mismo que todos los mariscales y oficiales superiores que le rodean; las balas de fusil y de cañon caen en medio del cuadro que no pueden romper; por fin el enemigo se cansa, y su ataque empieza á debilitarse; los soldados de Cambrone retroceden lentamente conservando el mismo orden; Napoleon, libre, puede alejarse del campo de batalla.

Conducido por su caballo, llega á Jemmapes, en donde espera reunirse con un cuerpo de retaguardia; pero al llegar á aquella poblacion, no ve á su lado mas que á un solo jinete: reconoce al picador que le ha llevado á Acacia: es Pedro Collet, el ex-palafrenero normando.

— De dónde vienes? le dice el emperador.

— Cómo, señor! de donde vos; estaba á vuestro lado,

allí abajo.

— En medio del cuadro de mi guardia?

— Sí, señor; y mientras he seguido á Vuestra Majestad,

he tenido tiempo para recoger este sable prusiano.

Y enseñaba al emperador el sable que tenia en la mano.

— Qué querias hacer con eso?

— Defenderos, señor, y probar á Vuestra Magestad que lo sé manejar.

En aquel instante llegaron sucesivamente los ayudantes de campo y de órdenes, á quienes la debilidad ó la fatiga de sus caballos no habia permitido seguir al emperador. Solo el caballo que montaba Napoleon no parecia fatigado; solo él se encontraba dispuesto á empezar una nueva carrera. Pero Napoleon queria detenerse en Jemmapes; se apeó, y dejó Acacia á Pedro Collet.

— Ten cuidado de ese animal, le dijo, y trata sobre todo de llevarlo á Paris, pues sin él no habria llegado aqui.

— Señor, volveréis á encontrar á Acacia y á Pedro Collet en las caballerizas imperiales; os lo prometo bajo palabra de honor.

Napoleon habia entrado en una casa, en donde tomó algun descanso, mientras Pedro Collet iba, llevando á Acacia por la brida, á buscar un sitio hospitalario, en que descansaran y comieran sus dos caballos.

Esto no era fácil de encontrar; las calles estrechas de la poblacion de Jemmapes estaban llenas de soldados, de carruajes, y de furgones de artilleria; las tinieblas de una noche muy oscura contribuian á aumentar el desórden. No tardaron en ser oidos los gritos siniestros de *¡diables quien pueda!*; *¡El enemigo!* La confusion llegó á ser horrible: la voz de los gefes era impotente y desconocida. Batallones enteros, que, reunidos, hubieran podido contener al enemigo, se desbandaron, y tomaron la fuga; la caballeria inglesa y prusiana entró en la poblacion.

El emperador tuvo apenas tiempo para salir de Jemmapes, y llegar á los Cuatro-Brazos, en donde se apeó en un vivac.

Pero mientras Napoleon se esforzaba todavia en aquella última posicion para reunir á las tropas francesas, el pobre Pedro Collet habia sido sorprendido por la llegada repentina

del enemigo. Había encontrado hospitalidad para sí y para sus dos caballos en el patio de una casa de Jemmapes, y les hacía tomar un poco de cebada que había pagado muy cara; de repente se presentan en la entrada del patio dos húsares de Brunswick, que se habían apeado para saquear. Al ver al picador, vestido con la librea imperial, y que tomaban por un militar, le dirigen, blandiendo sus sables, una amenazadora interpelación. Pedro Collet advinó su significación, aunque había sido formulada en alemán, y comprendió que los húsares le intimaban la orden de darse prisionero, y de poner á su disposición, no solo su persona, sino también su sable, y sus dos caballos.

Pero no se hallaba de humor de ceder con tanta facilidad un caballo, que le había sido recomendado por el emperador, aquel orgulloso Acacia que había salvado la vida á Napoleon; le había dicho además que él también sabía servirse de un sable, y debía cumplir su palabra. Cogió el sable que estaba suspendido de la silla de Acacia, se precipitó sobre uno de los húsares, que se adelantaba ya á coger su presa, y le dió sobre la cabeza un golpe tan furioso, que le envió á rodar á tres pasos de distancia.

Asustado con la caída de su compañero, el otro húsar no pensó más que en huir; pero Pedro Collet no le dejó tiempo, y cerrando la puerta, le cortó la retirada; entonces el corbete húsar, echando al suelo su sable, se puso de rodillas pidiendo perdón á su terrible adversario.

Pedro Collet se compadeció de aquel hombre; le mandó que se levantara; pero había que impedirle que fuese á reunirse con sus camaradas, que no habrían dejado de venir á vengar la muerte del húsar; Pedro Collet vió una escalera que conducía á un sótano; por ella hizo bajar á su prisionero, y le encerró allí, echando el cerrojo á su puerta.

Ahora, ¿cómo saldrá de su asilo, en el que á cada instante puede ser descubierta? La caballería enemiga continúa atravesando la calle principal de Jemmapes; el ruido de los disparos que se oyen es señal de que aun sigue la lucha; entonces, aunque conociendo el peligro de una posición tan crítica, da á sus dos caballos la poca cebada que le queda, los hace beber, y espera á que el movimiento militar que turba el reposo de la ciudad belga haya cesado. A las dos de la madrugada, las tropas inglesas y prusianas habían abandonado á Jemmapes.

Entonces Pedro Collet se aventura á mirar por la calle; ve á un campesino que vestía una blusa de lienzo; le hace señas para que entre, le espone su triste situación, y le pregunta si le quiere ceder la blusa por quince francos.

— Es demasiado, le dice el campesino, es demasiado; os cedo mi vestido por franco y medio; no vale más.

— Gracias, amigo, gracias; sois un hombre honrado; pero, mirad, aquí tengo dos caballos que pertenecen al emperador; yo no puedo llevar conmigo mas que uno; el otro es para vos. No tengáis escrúpulos; porque, si no lo tomáis, caerá en manos de un prusiano ó de un inglés.

El campesino belga no resistió á esta reflexión; de un solo golpe hacia un servicio á un francés, servidor leal del emperador, y adquiría á poco precio un caballo que le había pertenecido; entregó su blusa que Pedro Collet colocó sobre su traje de picador, arrojando lejos de sí su sombrero galoneado que podía darle á conocer.

Cuando estuvo así disfrazado, fué á buscar los dos caballos, entregó uno al campesino, y después de estrechar á este la mano, subió sobre Acacia.

Gracias á su disfraz, el picador de las caballerías imperiales pasó sin estorbo por entre las tropas anglo-prusianas,

y llegó á los Cuatro-Brazos, en donde esperaba reunirse con el emperador; pero este había marchado ya por Charleroi; Pedro Collet se quitó su blusa de lienzo, compró un sombrero de tres picos, y continuó buscando á Napoleon; pero tuvo que renunciar á la esperanza de encontrarle hasta París; caminó á cortas jornadas para no fatigar demasiado á Acacia, y llegó á la capital el 23 de junio á las once de la noche.

Cuando se presentó delante del palacio de Elbeuf, encontró la puerta cerrada; se apeó del caballo, y llamó con fuerza á la puerta; el portero, que en las circunstancias extraordinarias en que se hallaba París, creía deber obrar con mucha circunspección, no abrió; además la hora no era la mas oportuna para visitas. Pedro Collet, que necesitaba descansar, y no pensaba de modo alguno pasar la noche el lado de su caballo, llamó de nuevo.

— ¿Qué queréis? preguntó al fin á través de la puerta el portero asustado.

— Quiero entrar con mi caballo.

— Os habeis engañado, amigo; esto no es una posada.

— Ya lo sé, señor Poussard, y sin duda os queréis chatear; pero el momento no es oportuno.

— Pues, ¿quién sois?

— ¿Cómo! Soy Pedro Collet, el picador de S. M.

— Pedro Collet! Bah! ese pobre muchacho ha confundido no me engaña con eso!

— ¿Qué, que he muerto? Señor Poussard, no os bromeis así! Abrid; y, si no queréis recibirme, dejad á lo menos que entre Acacia.

Estas últimas palabras, pronunciadas con voz quejosa y suplicante, no podían dejar ninguna duda en el ánimo del portero acerca de la identidad de Pedro Collet, y de Acacia; abrió la puerta, y, al ver al picador que reconoció al momento, se lanzó á su cuello.

— Con que eres tú amigo Collet? Ah! le creíamos muerto, como tanto otros.

— No, señor Poussard; pero poco ha faltado para que no volviera; es un milagro que no haya muerto. Pero de esto hablaremos mañana; este compañero de viage tiene el vientre horriblemente vacío.

Acacia se puso á relinchar, y los caballos encerrados en las caballerizas le contestaron con sus relinchos, como para saludar el regreso de un amigo. Pero Collet hizo entrar á Acacia, y lo enseñó al portero.

— Conocéis á este?

— Si por cierto; pero no parece que ha hecho la campaña.

— Pues la ha hecho, y el emperador le montaba durante la batalla; espero que le volverá á montar; ahora voy á conducirlo á la caballeriza.

El portero cerró la puerta, y cogiendo un farol condujo á Collet con su caballo á la cuadra; después de haberle dado que comer, y haberle colocado en su pesebre, el portero y el picador se fueron á cenar juntos.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, cuando los palfreneros abrían la cuadra encontraron á un hombre que dormía sobre la paja, cerca del pesebre de un caballo, que se asombraron de ver allí.

Era Pedro Collet, que había rehusado la oferta, que el portero le había hecho de retirarse con él su cama; había querido dormir al lado de su querido Acacia.

(Se continuará.)

EL LOTO.
FLORES DE LA NUBIUM SPECIOSUM EN EL MUSEO DE PARIS.

De todos los vegetales preciosos con que se ha enriquecido la horticultura en estos últimos años, ninguno es mas notable que el *Nelumbium*, por la celebridad de sus tradiciones, y por eso ninguno ha excitado en mas alto grado las investigaciones de los sabios. Esta magnífica planta que acaba de florecer por primera vez en París está dando hace algunos meses flores en todo su brillo, y aun madura á veces sus frutos al aire libre, como en Montpellier bajo la influencia de una temperatura de 21° sobre cero.

El *Nelumbium speciosum* es originario de la India; hasta el siglo XVII se le había considerado como propio del Bajo Egipto, donde sin embargo nadie le vió jamás. En la antigüedad tenía el nombre de *Haba de Egipto*, *Azuena del Nilo*, ó *Loto*, y se comían las raíces y las semillas.

Carios de P'eluse (Clusius) fué el primero que hizo estudios útiles sobre esta célebre planta; el primero que descubrió en los textos antiguos las propiedades del *Nelumbium* que Herodoto describe con estremada precisión bajo los nombres de *Haba de Egipto* ó *Azuena del Nilo*. Desde Clusius acá, las investigaciones de los viajeros, los escritos históricos, el estudio comparado de las diferentes religiones de la India y del antiguo Egipto, han venido á confirmar los ingeniosos apuntes de uno de los primeros botánicos del renacimiento.

Esta planta en la isla de Ceilan se llama *Nelumbo*, del cual M. A. L. de Jussieu ha hecho *Nelumbium* que es el adoptado hoy en el vocabulario de la ciencia.

El *Nelumbium*, considerado como sagrado en muchas partes de la India, en la China y en el Japon, es á los ojos de los sacerdotes budistas, un emblema del mundo salido de las aguas, y le cultivan en jarrones preciosos para adornar sus templos y altares. En nuestros dias esta planta se ve representada en todas las pinturas que llegan de la India ó de la China. El Egipto la acordaba una atención particular, pero la planta desapareció de aquel suelo con la antigua religion que probablemente la introdujo en él. En vano Próspero Alpin y los sabios que formaban la memorable comisión de Egipto, la buscaron en los lagos y en los canales donde crecía abundantemente en tiempo de Herodoto. Se la ve representada en las medallas de los Ptolomeos; sus tallos agrupados en haces adornan las poderosas obras de granito en que descansan las colosales figuras egipcias del Louvre; sus hojas sirvieron de modelo para las columnas de los templos; sus flores y frutos coronan la cabeza del Antinóo antiguo y se ven esculpidas en el zócalo de la estatua del Nilo, copia de la de Roma que se halla en el jardín de las Tullerías y en el Musco Nacional de Paris. Por último, cuando Plutarco habla de una corona de Melioto, poniendo á esta planta en el número de las que crecían en el Nilo, se trata evidentemente de una corona de flores ninfáceas y no de la planta leguminosa que lleva hoy ese nombre.

El *Nelumbium* del antiguo Egipto crecía en los lagos y cañales que se recorrían en barca. Strabon dice que en efecto la gente se paseaba por diversion sobre los lagos cubiertos de habas, y que se abrigaban bajo las hojas de esa planta; como se hace hoy bajo las de la palmera, la caña, etc. Esas hojas, dice el mismo historiador, tenían la forma de grandes sombreros, de manera que se vendían en las tiendas.

Largo tiempo la simiente de esta planta continuó siendo conocida de los romanos, pero poco á poco la planta fué desapareciendo de las aguas del Nilo, donde habían señalado su existencia tantos historiadores de gran peso; hasta sus huellas se han borrado ya, y sólo se conserva su recuerdo en los geroglíficos y metallas. A falta de la realidad, los comentadores del siglo XVI copiaban una figura imaginaria que la imprenta ha reproducido durante mucho tiempo en varios libros estimados.

El *Nelumbium* es una planta acuática cuyas raíces son semejantes á los largos tallos blancos y articulados de la caña de los pantanos; se rompen fácilmente, son fistulosas, y se hallan provistas en las articulaciones de un grupo de raíces fibrosas, sencillas, donde hay un boton del que nace la hoja. El Museo debe la hermosa raíz que ha prosperado en Paris, á fuerza de cuidados, á M. Dunal profesor de botánica de la facultad de Ciencias de Montpellier.

Las flores se hallan muy de acuerdo con la descripción de Herodoto. No pueden compararse mejor que á un enorme tulipan, comparación mas justa todavía cuando tienen botones. Estas flores se abren dos dias seguidos y se cierran de noche; su olor se parece al de la rosa cuyo vivísimo color se ve en las estremidades de sus pétalos.

La estructura particular del fruto ha ocupado mucho á los botánicos; consiste en un receptáculo obovónico y carnudo de color verde en el cual se ven unos quince á treinta pistilos que se cambian despues en nuececillas negras que los antiguos llamaban Habas. Teofrasto nos ha dejado una descripción de la mas perfecta exactitud; habla de la forma del embrión y de la hojita que le caracteriza.

«Esta haba, dice Teofrasto, crece en los estanques y pantanos; su tallo tiene cuatro codos de largo, y es de un dedo de grueso; parece una caña sin nudos. El fruto que da, contiene hasta treinta habas un poco abultadas, cada cual en un hueco separado. La flor es toda de color de rosa. El fruto se eleva sobre el agua, las hojas se sostienen en tallos semejantes á los del fruto y son grandes como sombreros. Abriendo una haba se ve dentro un cuerpecillo replegado sobre sí mismo del que nace la hoja. Su raíz es mas fuerte que la de la caña, y la comen los que habitan cerca de los pantanos. Esta planta crece espontáneamente y en gran abundancia.»

Herodoto comparó la flor del *Nelumbium* con la de la azuena, dándole tambien el nombre de *azuena del Nilo*; Plinio la asimila á la adormidera y Ateneo la designa con el nombre de *Loto aplicado* despues á una multitud de plantas diferentes.

Cuenta Herodoto que los egipcios se alimentaban con el loto del Nilo (que no confunde con el *Nelumbium*); que su simiente parecida á la de la adormidera servia para hacer pan, y añade que tambien se comian las raíces del loto, las cuales eran redondas, del grueso de una manzana y de un sabor dulce.

En el dia, si las aguas del Nilo no contienen ya el antiguo *Nelumbium*, contienen sin embargo dos ninfáceas alimenticias. Estas dos plantas, designadas por los árabes bajo los nombres de *Nentfar* (*Nimphota Lotus* L. de flores blancas, ó *Aras el-Nilo*, desposada del Nilo) y de *Bachanin* (*N. corulea*), se emplean como alimentos; los lellahs llaman *Biaro* la raíz redonda del *N. cerulea* que es muy estimada entre ellos, haciendo con su semilla ferulenta, un pan semejante al que comen los habitantes del Alto-Egipto. Así pues, es de creer que los frutos que componen con las espigas de cereales, los atributos de Isis pertenecen á una

ninfécea (*N. Lotus ó cœrulea*) y no á la adormidera que no se cultivaba en Egipto. Este hacecillo de frutos de cereales y de loto, representa pues la Fertilidad y la Abundancia, puesto que los egipcios echaban de estas plantas en la fabricacion de su pan.

El loto, dice Herodoto, crecía en los campos despues de

las inundaciones. Sus flores son blancas con pétalos como las azucenas. Esta planta nace en crecido número y muy apretada: las flores se cierran al ponerse el sol y ocultan sus frutos, volviéndose á abrir cuando el sol aparece de nuevo, y elevándose sobre el agua, lo que se renueva hasta que está formado el grupo y entonces cae la flor.



NELOMBIUM SPECIOSUM (Lotus). Dibujo de Himely.

Hoy no se duda ya que en tiempo de Teofrasto los egipcios comían las raíces y semillas del *Nelumbium*, así como las comen hoy los pobres que habitan á las orillas de los lagos del Cachemyr, y que se alimentaban además con las semillas y raíces redondas de los *Nimphœa Lotus* y *cœrulea* como los fellahs de las cercanías de Damietta y los habitantes del Nilo-azul.

Se debe atribuir á la estension que se ha dado á ciertos cultivos la desaparicion del *Nelumbium* de los canales del Bajo Egipto, en medio de los cuales crecía antes en tanta

abundancia y casi espontáneamente? Así debe ser, si como lo asegura M. Bellin, agregado al consulado de Francia en Egipto se está viendo que por causa de los desmontes de la tierra el *N. cœrulea* desaparece de día en día de las campiñas del Cairo, refugiándose en los canales de las cercanías de Damietta, de donde quizá llegará á desaparecer también, un día. Entre tanto no deja de ser curioso el fenómeno de la persistencia de los menores caracteres de organizacion y de vegetacion en una planta cuya del descripcion está hecha desde hace dos mil años.

FRANCIS DRAKE.



La reina Elisabeth armando caballero al célebre navegante Francis Drake.—Dibujo de Gilbert.

Francis Drake, uno de los mas atrevidos navegantes del siglo XVI, nació en 1535 en Tavistock, en el Devonshire. Su familia era pobre. Desde la edad de 10 años, principió el duro aprendizaje marino en un buque mercante que costeaba ordinariamente la Inglaterra, sin aventurarse fuera de los puertos de Francia. Laborioso, enérgico y sensato, prestaba servicios muy superiores á los que se podían esperar de un jóven de la edad en que él se hallaba. Su capitán le cobró un grande afecto, y cuando murió le dejó su barco. Su segundo protector fué uno de sus parientes lejanos, ya célebre en

Inglaterra por sus triunfos en el tráfico de negros, que en aquel tiempo, lejos de ser objeto de la reprobacion pública, estaba protegido y fomentado por el mismo gobierno. Este marino no era otro que John Hawkins, que llegó despues al grado de contra-almirante, y se distinguió en la famosa lucha contra la Armada. Aconsejado de él, Drake vendió su barco, y cediendo al entusiasmo que arrastraba entonces hácia el Nuevo Mundo medio descubierta, á todos los ánimos ardientes y aventureros, intentó, asociado con Hawkins, diversas expediciones lejanas, que al principio no produjeron

los mejores resultados. Existía entre España é Inglaterra una rivalidad violenta y apasionada: Drake en sus escursiones despojaba sin escrúpulo ninguno los buques españoles cargados de oro y plata, y aun saqueaba cuando podía las puertas de las Indias Occidentales. En 1572, tomó por asalto dos ciudades situadas en la costa oriental de Panamá, y con el botín que se llevó equipó tres fragatas, que sirvieron de mucho á la Inglaterra en las guerras de Irlanda. En 1573, el 13 de noviembre, salió de Plymouth á la cabeza de cinco buques menores armados á costa del Estado, y el 23 de agosto del año siguiente entró en el estrecho de Magellan, asegurándose que él fué el primero que descubrió el Cabo de Hornos. Triunfó de peligros y fatigas extraordinarias, pero perdió las cuatro embarcaciones que le habían acompañado; la que mandaba él, que se salvó milagrosamente, se llamaba el *Pelicano*; pero Drake la quitó este nombre, y la dió el de *Golden-Hind*. Despues de haber recorrido las costas de Chile y del Perú, saqueando y devastando sin cesar, se dirigió hacia el Norte con la ambicion de hallar ese famoso paso que aun en el día se busca, y á cuyo beneficio se podría atravesar del Océano Atlántico al Grande Océano, en cumbre de la América Septentrional, y á través del Océano Glacial. Se cree que penetró hasta el 48° paralelo boreal. Arrojado de allí por los rigores del frío, volvió á bajar y exploró las costas de la California, que llamó Nueva-Albion: luego pasó á las Filipinas, y por último, continuando sus viajes, se dirigió hacia Java, y volvió por el Cabo de Buena Esperanza. El 26 de setiembre de 1580 llegó á Plymouth, y subió enseguida hasta Deptford. Al instante se espació la noticia de su llegada; las riquezas que traía, la narracion de sus aventuras, de sus luchas armadas contra los españoles, y de sus descubrimientos escitaron el entusiasmo público. Es verdad que muchos de sus enemigos murmuraban, achacándole actos de hostilidad que no estando justificados por un estado de guerra, debían contarse como hazañas de pirata; pero el odio contra los españoles y el amor propio nacional se hallaban muy satisfechos en aquella memorable expedición de Drake para atender á tales voces, y hasta la misma reina quiso sofocarlas manifestando ostensiblemente su aprobación á la conducta del navegante Drake: el 4 de abril de 1584, bajó el Támesis hasta Deptford, subió al *Golden-Hind* ricamente empavesado, cubierto de tapicerías asombrosas, y en medio de las músicas y las aclamaciones concedió solemnemente á Drake el título de caballero, queriendo además que el *Golden-Hind*, que había trazado un surco tan glorioso alrededor del mundo se conservase como un monumento nacional. El buque fué en efecto, durante largo tiempo, el objeto de una especie de culto público en el arsenal de Deptford, y cuando se cayó de viejo, hicieron con sus restos un sillón que puede verse todavía en la Universidad de Oxford.

Pero Drake no había terminado aun su carrera marítima. En 1583 hizo una nueva expedición á las Indias Occidentales. En 1588 fué nombrado vice-almirante, y combatió contra los españoles; pero sus últimos años no fueron tan felices como los primeros: fracasó en una tentativa que hizo para restablecer á don Antonio en el trono de Portugal, y en dos ataques que tuvo con los españoles en Canarias y en Puerto Rico. Su muerte, que se verificó el 9 de enero de 1597, se atribuye á la pena que le causó otro revés que esperimentó en un combate con una flotilla que salió á perseguirle de Panamá.

DE LA FORMA QUE TENIAN LOS LIBROS Y LAS CARTAS EN LA ANTIGÜEDAD.

La forma que tenian los libros entre los antiguos ha dado margen á multitud de controversias entre los eruditos modernos.

Los romanos, daban á los manuscritos enrollados el nombre de volúmenes (*volumina*), del latin *volvere*, porque el manuscrito se enrollaba sobre sí mismo. La palabra *explicitare*, que se encuentra á cada paso en los autores, significaba desarrollar, leer un manuscrito. Los escritores, cuando habían terminado la copia de una obra, es decir desarrollado completamente el rollo en que habían escrito, ponian en lugar de la palabra *fin* de que usan los modernos, las palabras *explicitus est liber*, ó *explicitus liber*; fórmula que hubo de abreviarse desde el siglo III, y hasta el descubrimiento de la imprenta, sirvió la palabra *explicit* para significar el fin de un libro latino ó español.

Muchas de las pinturas de Mercuriano representan personajes con volúmenes en que leen, en las manos. Todos cuantos están cubiertos se desarrollan, excepto uno solo, horizontalmente y de izquierda á derecha, en el sentido de su longitud. La escritura que en ellos se figura se halla en pequeñas columnas perpendiculares. Desarrollándose el papel en la propia dirección de la escritura, es decir, de izquierda á derecha, hubiera sido de una longitud desmesurada una línea escrita desde uno al otro extremo del rollo. Hubiera sido preciso enrollar y desarrollar el manuscrito tantas veces cuantas hubieran sido las líneas. Además, en el medio de la obra no se podría abarcar á la vez los dos extremos de líneas tan largas, lo cual hubiera ocasionado una constante confusión al lector. La division en columnas remediaba estos inconvenientes. Se los desarrollaba poco á poco con la mano derecha, y á medida que se avanzaba en la lectura, se desarrollaba de nuevo con la izquierda en el mismo sentido, ó en el sentido inverso, la parte ya leída.

En los manuscritos que se desarrollaban perpendicularmente, estaba trazada la escritura en el sentido de la anchura, y no en el de la longitud. Como el papel mas ancho no lo era mas de veinte y cuatro dedos, y el papel del uso comun distaba mucho de tener esta dimension, no había inconvenientes en escribir con columnas, y de uno á otro margen.

Cuando estaba escrito el libro y las diferentes hojas de que constaba colocadas las unas á continuación de las otras, se fijaba en el extremo de la última una vara, alrededor de la cual se enrollaba el volumen.

Los cortes se denominaban frentes (*frontes*), á causa de la colocacion de los rollos en las bibliotecas, se los recortaba, y despues se les acababa de quitar con piedra pomez las barbas que les hubieran podido quedar. Muchas veces estaban pintados de color. Las de los *Tristes* de Ovidio lo estaban de negro, y por lo tanto, dice el poeta, eran fáciles de reconocer.

Los títulos, en lo general, se escribían en bandas de pergamino y de papiros, y se colocaban sobre el corte que salía del estuche ó caja.

Los volúmenes tenian las mas variadas dimensiones. En tanto que unos eran apenas del grosor de una vara delgada, se ha hallado uno en Herculanó que contiene hasta ciento diez columnas de escritura, y otro cuya longitud escede á mas de veinte y cinco varas. Segun un pasaje de Isidoro de Sevilla, se sabe que las poesías y las cartas se pu-

blicaban en volúmenes pequeños, y las obras históricas en gran folio.

En lo general contenian los volúmenes mucha menor materia que nuestros libros ordinarios. En efecto, cada volumen contenia solo un libro de una obra, y nunca una obra entera.

Para preservar los volúmenes de las picaduras de los insectos, se los encerraba en un estuche ó caja de piel ó de pergamino: algunas veces consistía esta cubierta en una hoja de papiros. Los rollos que componian una misma obra estaban reunidos en un haz, que se colocaba despues en un estuche de una materia mas ó menos preciosa, y que algunas veces se cerraba con llave.

Las cartas se arrollaban en forma de volumen. El sobrescrito colocado á la cabeza tenia primero el nombre del que escribía en nominativo, y despues en dativo el nombre de la persona á quien se dirigía la carta, y que iba algunas veces acompañada de uno ó de dos epítetos.

Sin duda muchas veces, para traer ciertas personas á la memoria de aquel á quien se escribía, se hacían figurar en el sobrescrito los nombres de muchas personas. Ciceron, al escribir á Tison, añadió á su propio nombre en el sobre de sus cartas, ya los nombres de su mujer y de su hija, ya los de su hermano y de su sobrino.

La fecha del día y del lugar iba colocada al final de la carta. Ciceron, cuya correspondencia es tan voluminosa y tan llena de interés, se olvidaba muchas veces de fechar sus cartas.

Entre los griegos se conjetura, segun un pasaje de Plutarco, que el sobrescrito exterior llevaba el nombre del que escribía y de aquel á quien se escribía. Entre los latinos, segun parece, no tenia el sobre sino un solo nombre.

Al papiros, empleado para las cartas mucho tiempo antes que el pergamino, se le daba, como entre nosotros, el nombre de papel de cartas (*charta epistolaris*), cortándolo tambien de modo que se adoptara á dimensiones muy pequeñas.

En el cuarto siglo se comenzó ya á hacer uso del pergamino.

Acabada de escribir la carta, se arrollaba y se ataba con una cinta cuyos dos extremos se pegaban al papel con una especie de arcilla llamada *creta*, sobre la cual se imprimía el sello. Pero semejantes precauciones eran muy insuficientes para proteger la correspondencia, y se citan en la antigüedad mas de un ejemplo de la violacion del secreto de las cartas, sin saberlo las personas á quienes iban dirigidas.

L. L.

EVASION DE GROCIO EN 1624.

Mauricio de Nassau principe de Orange había prestado eminentes servicios á la Holanda. Gracias á sus talentos militares y á su valor, libertó esta república oprimida del yugo de los españoles. Así la gratitud pública le había dado el nombre de capitán general. Sin embargo el partido republicano que se desconfiaba de los proyectos del principe pedía ciertas concesiones, y las pedía por medio de sus gefes el viejo Barneveldt y el célebre Grocio que había adquirido por su carácter, su elocuencia y su profundo saber una grande autoridad sobre los Estados de Holanda. Oído el parecer de estos dos magistrados, con motivo de la contienda religiosa que se ventilaba entonces, los Estados decretaron el 4 de agosto de 1617, que todos los magistrados

de las ciudades quedaban autorizados para armar gente con el fin de reprimir las sediciones y asegurar la paz pública. Esta creación de milicia urbana irritó á Mauricio de Nassau que consideró el decreto de los Estados, promulgado sin su consentimiento, como una degradacion de sus derechos de gobernador y de capitán general. Despues de haber tratado vanamente por la persuasion y aun por la fuerza, de disolver la nueva milicia, resolvió poner fin por un golpe de Estado á aquella oposicion del poder legislativo. Algunos desórdenes que sobrevinieron en Utrech le suministraron el pretexto para ello: reunió ocho personas que tomaron el nombre de Estados generales y sin ninguna informacion previa les hizo dar una orden de arresto contra Barneveldt, Grocio y Hoogerbertz, que en efecto fueron presos como culpables de los desórdenes de Utrech.

Algunos días despues, el principe de Orange recorrió las ciudades de la Holanda, y como tenia la fuerza en su favor, no halló ninguna resistencia á sus proyectos. Destituyó á todos los magistrados amigos de los presos, siguió haciendo prisiones é hizo condenar á toda prisca á los acusados.

El 12 de mayo de 1619 fué ajusticiado Barneveldt á la edad de setenta años debajo de los balcones del principe de Orange.

El 18, Grocio y Hoogerbertz fueron condenados á encierro perpetuo en el sitio que los jueces designaron.

Grocio fué conducido el 6 de junio de 1619 á la fortaleza de Louvenstein, donde halló dos grandes consejos que fueron su mujer y el estudio.

Casado en 1608 á la edad de veinticinco años, solo había vivido separado de su mujer el tiempo que duró su arresto; pero despues de la sentencia ella le siguió á Louvenstein y pidió permiso para visitarle todos los días. Concedióronla que entrara en la fortaleza, pero á la condicion de que no volvería á salir nunca. Ella aceptó la condena y permaneció encerrada con su marido, hasta que algun tiempo despues tratándola con menos rigor la permitieron que saliera dos veces por semana.

El cautiverio duraba ya mas de diez y ocho meses, cuando el 11 de enero de 1621 Muis Van Holi, uno de los enemigos declarados de Grocio, y que había sido su juez, advirtió á los Estados generales que sabia que el preso intentaba escaparse. Se envió un agente á Louvenstein para examinar lo que pasaba, pero todas las pesquisas fueron vanas.

Era cierto que la mujer de Grocio, María de Reigersberg, no tenia otra cosa en la mente que la idea de libertar á su marido. Habíante permitido á Grocio que tomara libros prestados á sus amigos, y despues de leídos los devolvía en un cofre donde tambien iba su ropa blanca que lavaban en Gorcum.

El primer año los carceleros registraron el cofre siempre que salía de Louvenstein, pero acostumbrados á no ver otra cosa que libros y ropa blanca, se cansaron de examinarle, y ni aun siquiera se tomaron: el trabajo de abrirle. La mujer de Grocio notó este descuido, y concibió el pensamiento de aprovecharse de él. Confió su designio á su marido, y recordándole que debía pasar toda su vida en aquel encierro, le persuadió que debía intentar recobrar su libertad metiéndose en el cofre. A fin de no esponerse á estar privado de aire practicó unos agujeritos muy estrechos é imperceptibles por fuera en uno de los rincones del cofre, y obtuvo que su marido se encerrase en él muchas veces, permaneciendo allí el mismo tiempo que se necesitaba para ir de Louvenstein á Gorcum, y cuando se aseguró de que su marido se hallaba ya habituado á aquella incómoda postura,

no pensó mas que en aprovechar la primera ocasión que se presentara.

En efecto, no se hizo esperar aquella. El comandante de Louvenstein se ausentó para reclutar soldados en Heusden. La mujer de Grocio fué á hacer una visita á la señora del comandante y en la conversación le dijo que pensaba sacar de la cárcel un cofre lleno de libros porque su marido estaba muy débil, y se mataba trabajando. Después de esta advertencia volvió al cuarto de su marido y le encerró en el

cofre, haciendo circular al mismo tiempo la noticia de que no estaba bueno, á fin de que no notaran su ausencia. Dos soldados se llevaron el cofre; y viendo que era mas pesado que otras veces, propusieron que se abriese para ver lo que habia dentro, pero la mujer del comandante se negó á ello, ya porque quisiese hacer la vista gorda, ó por negligencia. En fin el cofre llegó al barco que le esperaba. La criada de Grocio le acompañó hasta Gorcum, donde fué depositado en casa de uno de sus parientes. Cuando la criada se vió sola



Grocio y su mujer en la fortaleza de Louvenstein. —Dibujo copiado de una antigua estampa holandesa dibujada y grabada por S. FOKKER.

abrió el cofre; Grocio salió, sin lesion ninguna, se puso un traje de albañil, y se metió en un barco que le llevó á Valvic en Brabant.

Allí alquiló un carruaje para Ambrés; adonde llegó sano y salvo el 22 de marzo de 1621.

En Louvenstein se creía que Grocio estaba enfermo, y su mujer para darle tiempo á que se escapara, aseguraba que lo estaba de peligro; pero en cuanto supo que se hallaba libre confesó altamente lo que habia sucedido. El comandante la prendió inmediatamente, pero el príncipe Mauricio informado del acontecimiento la mandó poner en libertad.

Grocio permaneció algun tiempo en Ambrés. El 30 de marzo escribió á los Estados generales, que no habia empleado ni la violencia ni la corrupción con los que le guardaban; además que no habia merecido su condena; que nada de cuanto habia hecho le pesaba; que habia dado los consejos mas propios para apaciguar los desórdenes, y que

en fin la persecucion que sufría no disminuiría jamas su amor á su patria.

Esta evasión de Grocio fué un gran asunto para los mas famosos poetas de la época. Barlaeus compuso unos magníficos versos, celebrando sobre todo la conducta de la mujer de Grocio. Aun el mismo Grocio los compuso tambien, sin olvidar del cofre libertador en su poema.

HISTORIA

DEL

ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

(Véanse las págs. 294, 304 y 309.)

V.

— No se pasa.

— Cómo no se pasa! pero, granadero, yo soy de la casa del emperador, y tengo derecho de entrar.

— Imposible, Joven, imposible, el militar no conoce mas que su consigna.

Estas palabras se cruzaban, el 29 de junio de 1815, á las cuatro de la tarde, delante de la gran verja de la Malmaison, entre un centinela y un hombre vestido con librea imperial, que tenia un caballo por la brida.

Este último vivamente contrariado por la negativa del granadero, reflexionó un momento sobre el partido que debia tomar, y después de un momento de silencio quiso hacer una nueva tentativa; pero el granadero estuvo inflexible.

— Teneis pase? preguntó al pretendiente.

— Lo necesito acaso, siendo picador de las caballerías de su magestad?

— No digo que no, pero mi consigna es antes que todo. Soy Pedro Collot, y traigo á su magestad su mejor caballo de batalla, el que montaba en Waterloo... un magnífico animal, mirad!

El granadero abria grandes ojos para contemplar mejor el caballo.

— Cómo ¿este caballo es el que estaba con el emperador?

— Y conmigo, amigo mio.

El granadero miraba alternativamente al picador, y al caballo.

— Vos tambien estábais en medio de nuestro cuadro... En efecto, creo haberos visto...

— Y no os engaíais.

— Dadme esa mano.

Y el centinela estrechó la del picador.

— Ahora siento mas, dijo, que la severidad de mi consigna no me permita dejaros entrar... Pero, decidme, parece que no sospechais lo que sucede. ¿No leéis los periódicos?

— No; pero, ¿porqué preguntais eso?

— Ah! traéis al emperador su caballo de batalla... y ya no lo necesita.

— Cómo! no va á empezar de nuevo la lucha?

— Hay allá arriba un tropel de abogados, de charlatanes, de vagos, que no piensan en eso... Prefieren dar apretones de mano á los cosacos.

— Pero, nuestro emperador?

— Nuestro emperador!... lleva trazas de tener que hacer su equipaje.

El veterano exhaló un suspiro, y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas; Pedro Collot quedó agobiado con lo que acababa de oír.

— Nuestro emperador, decia, hacer su equipaje... y no para ir al ejército, para colocarse al frente de sus soldados y dar una buena lección á ingleses y prusianos?...

— Los abogados y los charlatanes no lo quieren así; mirad, mirad á través de esa verja, y veréis, allá en el fondo, los carruajes de camino.

En aquel instante se acercaron á la verja los postillones con los caballos de posta destinados á los coches de camino. El centinela llamó al oficial, que estaba de servicio en el palacio y este, después de haber hablado á uno de los postillones, mandó que se abriera la verja para hacer entrar los caballos. Esta era una ocasión favorable que se presentaba á Pedro Collot para penetrar en el interior del palacio; no tenia mas que seguir el movimiento y colocarse detras del postillon como si perteneciera á la administración de postas; pero era preciso que el centinela hiciera la vista gorda. La hizo, y el picador se encontró muy pronto en el patio, en que estaban los carruajes.

Hacia ya diez minutos que estaba allí, inmóvil, teniendo siempre á Acacia por la brida y esperando la llegada del emperador, cuya próxima marcha anunciaban todos los preparativos.

Durante este tiempo, los postillones enganchaban los caballos; los empleados de servicio iban y venían en torno de Pedro Collot; pero ninguno le preguntó el motivo de su presencia en la Malmaison.

Eran las cinco. De repente se presentó Napoleon vestido con frac negro y sombrero redondo precediendo algunos pasos á un grupo de oficiales superiores, entre los que se veía al general Becker, que habia sido encargado por la comisión de acompañar al ex-emperador hasta Rochefort, al general Gourgaud, y algunos otros ayudantes de campo, ú oficiales de órdenes.

Su fisonomía manifestaba la dolorosa emoción de que era presa; dirigió una mirada llena al mismo tiempo de tristeza y de resignación sobre los preparativos de su marcha y después se volvió con viveza como para saludar una vez mas las paredes de aquel palacio, que le habia visto en otro tiempo tan feliz, y que le recordaba los dias mas brillantes de su existencia.

Se habia detenido un momento, y parecia que recogía sus recuerdos; entonces se oyó á lo lejos un cañonazo, cuyo ruido hizo temblar los cristales de Malmaison. Napoleon retrocedió algunos pasos, y cogiendo el brazo del general Becker:

— Oid, general? exclamó; se están batiendo por el lado de Versalles!... Y la comisión de gobierno cree aun en la paz!... Ah! pagará... hará pagar cara á la Francia su seguridad y su confianza en la fe de un enemigo desleal!

Se oyó otro cañonazo.

— Dudáis ya, general? continuó el emperador, que se animaba cada vez mas. No, no se ha perdido todo! Me me dejen mandar todavia una vez el ejército... que me dejen batir al enemigo, aniquilarle, obligarle por medio de la victoria á dar un curso favorable á las negociaciones! Enseguida, entregaré mi espada... marcharé, dejaré la Francia.

El general Becker se esforzó por calmar la agitación del emperador.

Esas detonaciones, señor, no anuncian la renovacion de las hostilidades; son algunos cañonazos que cambian de cuando en cuando las avanzadas. Señor, debo recordar á V. M. el compromiso que ha contraído de dejar la Francia después de su abdicación.

— Pero eso no puede impedirle derrotar al enemigo, si, como temo, quiere abrirse á viva fuerza el camino de la capital.

Y al pronunciar estas palabras, prestaba oídos á los ruidos lejanos; se conocia que en el fondo de su alma descañaba lo que parecia temer, y que esperaba un nuevo mentis dado por el cañon enemigo á las seguridades de Becker.

Después de algunos momentos de silencio, exclamó:

— Vamos, no hay mas que resignarse!

Se dirigió hácia los coches, de los que solo le separaba un pequeño espacio, y vió ir hácia él al picador Pedro Collot, que conducia por la brida un caballo ensillado.

— Que quieress? le preguntó Napoleon con bondad, qué vienes á hacer aqui?

— Señor, traigo Acacia á V. M.

— Acacia!

— Si señor... el caballo que Vuestra Magestad montaba allá abajo... ya sabeis!

— Si, ahora me acuerdo... Y qué? has podido vol-

ver... y traer ese caballo!... Has sido bien afortunado!

El emperador miró á Acacia que estaba inmóvil.
— Ya es muy tarde, añadió, ya no necesito caballo... voy á subir á un coche.

— Perdonad, señor; pero yo creía que Vuestra Magestad iba á ponerse á la cabeza de su ejército, y como me habíais recomendado particularmente á Acacia... os le traía.

— Te doy las gracias, amigo mío; pero tenemos que separarnos. Vuelve tu caballo á París, y está seguro de que no te olvidaré... Espero poder recompensar algún día tu fidelidad y tu valor. Adios.

Napoleon siguió su camino, y volviéndose al general Becker, le dijo:

— Si vivo aun, lo debo á ese hombre y á ese caballo... estaban conmigo en Waterloo, en el cuadro de mi guardia.

Momentos despues de aquella escena, que afectó vivamente á las personas que fueron testigos de ella, el emperador subía en un coche y seguía el camino de Rochefort, en donde debía embarcarse en una de las dos fragatas francesas que había pedido.

Pero le esperaba allí la perfidia de Castlereagh y la hospitalidad del *Bellersfonte!*

VI.

En los últimos días de octubre de 1829 se hablaba mucho en el palacio de Crussol, en el cual estaban las caballerizas reales de una gran medida administrativa: se trataba de renovar, esto es, de reformar y de hacer vender la mayor parte de los caballos; decíase que Carlos X había vuelto de Saint-Omer con todo el ardor de los gustos de su juventud, y que soñaba con las palmas del *sport*. Afianzan que quería que no se omitiera nada para hacer imposible toda rivalidad con las caballerizas del rey de Francia.

Había exajeración en aquellas voces, y en aquellos rumores, que habían alarmado á todo el barrio de Roule, en que estaba situado el palacio de Crussol. Lo cierto era que el caballero mayor, duque de Polignac, había tenido una larga conversacion con el rey acerca de sus caballerizas, que á consecuencia de ella, se había decidido que se vendiera cierto número de caballos de tiro y de silla.

El inspector general recibió la orden de que se procediera á la operacion que debía ser antecedida por un trabajo preliminar; había que elegir los caballos, y el inspector general se hizo asistir en su inspeccion por dos empleados de la administracion de las caballerizas.

Seenta caballos fueron condenados á subir la vergüenza de la subasta pública, y la venta anunciada debía verificarse en el término de ocho días.

Carlos X acababa de dejar las Tullerías para ir á Saint-Cloud, cuando vió cerca de la barrera de Passy á un individuo, que, con el sombrero en la mano, estendía la mano hácia el coche real; el monarca hizo una seña á un oficial de la escolta para que recibiese la peticion, que aquel hombre quería presentarle, y el oficial se apresuró á entregarla al duque de Polignac que acompañaba á Carlos X en su carruaje.

El duque se preparaba á colocarla en la cartera destinada á recibir los papeles de aquel género, cuando Carlos X, que estaba de buen humor, le invitó á que se enterara del contenido de la nueva peticion.

— Veamos, dijo, lo que me pide ese hombre; su fisonomía previene en su favor, y no sentiría hacer cualquiera

cosa por él, sin esperar al informe del ministro de mi casa.

M. de Polignac rompió el sello, y recorrió la peticion: pero enseguida soltó una carcajada, pues el duque, que era de la intimidad del rey, no reprimía sus sentimientos delante de él.

— Hola! dijo Carlos X riendo tambien, parece que lo que lees es muy chistoso.

— Si, señor, la peticion es muy original.

— Pues bien, leedme la, pues supongo que no contiene nada, que yo no pueda oír.

El duque de Polignac tranquilizó la conciencia religiosa del monarca, y dispuso sus escrúpulos.

— Es solamente, añadió, en favor de un caballo.

— De un caballo! Y qué me piden en favor de un caballo?

— Vuestra magestad va á juzgar á un mismo tiempo del objeto de la peticion, y del estilo del peticionario:

« Señor:

« Pedro Collot, ex-picador de las caballerizas imperiales reales, tiene el honor de esponer á V. M. que V. M. tiene el honor de poseer en este momento el primer caballo del mundo, es decir, el último caballo que fué montado por el emperador Napoleon.»

— Es cierto? dijo Carlos X, acompañando su pregunta con un movimiento de sorpresa.

— Si, señor, y creí que V. M. había sido informado de este hecho por el difunto marqués de Vernon.

— Oh! Dios mío, no me han dicho nada, os lo puedo asegurar. Con que tengo hace catorce años el último caballo de Bonaparte, y no lo sabía!... Esto es muy extraño-dinario. Y vos le conocéis, duque? Le habeis visto á menudo?

— Si, señor, y le he montado algunas veces.

— Y sirve aun bien?

— Tan bien como un caballo de seis años.

— Pues bueno! quiero que me lo traigan mañana á Saint-Cloud; le montaré tambien, y vos, duque, cuidareis de que no falte nada á ese animal, y esté perfectamente cuidado. Pero veamos lo que pide el ex-picador.

M. Polignac continuó la lectura de la peticion:

«... Llevaba al emperador en Waterloo; su nombre es Acacia; se ha portado siempre perfectamente desde que quedó al servicio de Vuestra Magestad, y no hay nada que censurarle. Pero he sabido que, á pesar de sus títulos de nobleza, iba á ser vendido con otros muchos caballos de Vuestra Magestad, y que estaba así amenazado de ir á morir en las yaras de algun simon.

« Por lo cual, señor, me atrevo á suplicar á Vuestra Magestad que se digne tomar en consideracion el mérito y los servicios de Acacia, y mandar que le permitan concluir sus días en el palacio de Crussol.

« Soy de Vuestra Magestad, etc., etc.

» PIERRE COLLOT,

« Ex-picador de las caballerizas imperiales reales, y en la actualidad cochero de omnibus.»

Carlos X había escuchado con mucho interés aquella peticion, algunas de cuyas expresiones le habían hecho sonreír.

— No, por Dios! exclamó; ese caballo no saldrá de mis cuadras; quiero que quede á mi servicio, y que se cuide

de él; le montaré de cuando en cuando. Respetto de ese antiguo servidor de Bonaparte, que podría hacer por él?

El rey reflexionó un momento.

— Os encargo, señor duque, que hagais tomar las noticias necesarias sobre ese hombre; si es pensionado de mi casa, le darán una gratificacion de cien ducados; si no recibe nada de mi lista civil, direis á mi ministro que le haga inscribir por una pension de cincuenta escudos que le concedo.

— Señor, se ejecutarán las órdenes de vuestra Magestad.

— Sobre todo, que no se olvide contestar mañana á ese buen hombre acerca del caballo, porque se interesa tan vivamente, y con tanta razon: es preciso sacarle de su inquietud cuanto antes. Por vida mía! confesareis, duque, que he tenido una buena idea haciéndolos leer esa peticion; sino, el último caballo de Bonaparte habría sido probablemente vendido, y el picador habría quedado inconsolable.

Al llegar á Saint-Cloud, Carlos X estaba lleno de alegría; anunciaba á los señores de su corte lo que llamaba su buena fortuna; al ver al general Debrance, uno de sus caballeros, le preguntó:

— Sabéis, general, qué fué del caballo que Bonaparte montaba en Waterloo?

— Es probable, señor, que ya no exista.

— Pues sabed, general, que no ha salido de mis caballerizas, y en ellas podeis verle.

(Se continuará)

NUEVAS FORTIFICACIONES ALEMANAS.

La fortificacion con bastiones, como la idearon Errard, de Ville, Dagan, Vauban y Cormontaigne, pasa á justo título por fortificacion francesa. El célebre ingeniero Blesson dice que en 1814 los alemanes quisieron tambien por amor propio inventar una fortificacion nacional, y de aquí vino la revolucion que se ha hecho en aquel pais en el arte de fortificar. Blesson se ha engañado sin duda sobre el verdadero carácter de este movimiento de ideas y ha juzgado mal á sus compatriotas: los ingenieros alemanes son hombres demasiado graves, para tener presente el amor propio en una cuestion de tanta importancia. Las causas de este acontecimiento son de un orden mas elevado.

Desde luego debemos decir que la fortificacion con bastiones, no ha echado jamás raíces profundas en Alemania, habiéndose necesitado nada ménos que la autoridad de Vauban y de Cormontaigne para que se abandonaran allí las tradiciones del arte nacional transmitidas por una série de Ingenieros distinguidos y poco conocidos en Francia. Así pues, el terreno estaba preparado para recibir las nuevas ideas, sobre todo teniendo algunas analogías con las de los antiguos ingenieros alemanes.

Lo que ha hecho prosperar los nuevos métodos en Alemania, es la escasez de los principios en que se fundan, pero apresuremos á decir, que la gloria de haber dado á luz estos principios les toca á dos franceses, Montalembert y Carnot.

Marc-René, marqués de Montalembert, general de caballería, nacido en Angulema el 46 de julio de 1744, muerto el 20 de marzo de 1808, ha publicado un libro muy notable titulado: *La Fortificacion perpendicular, ó superioridad del arte defensivo sobre el ofensivo*, que se reduce á una critica del sistema de bastiones. Los bastiones se envuelven

facilmente y se toman por el flanco; la parte mas larga del frente, la cortina, se halla ordinariamente inerte porque está oculta; la artillería no tiene abrigo ninguno contra las bombas, y los destructores efectos del fuego de rebote. En una palabra, Montalembert pone en relieve las propiedades tácticas de la fortificacion, sacrificadas con frecuencia á la resistencia pasiva, aplicando sus principios á la fortificacion á tenaza y á la fortificacion poligonal.

La fortificacion á tenaza de Montalembert presenta dos recintos concéntricos, el cuerpo principal y la contra-guardia (fig. 1 y 2.)

El cuerpo principal consiste en una muralla de fábrica, precedido de un ancho foso flanqueado por las baterías B B, á cubierto bajo bóvedas á prueba de bomba, con dos pisos y con una plataforma encima para la artillería. Esta muralla, M M, contiene una galería abovedada desde cuyas aspilleras se descubre el terreno de ataque por encima de la contra-guardia. Por detrás hay un camino de ronda, luego un muro con almenas y una muralla de tierra, precedida de un foso defendido por las baterías B B. Por último, las torres T T forman reducidos de seguridad.

La contra-guardia general no tiene mas que un muro almenado separado de un parapeto de tierra por un camino de ronda; son de notar las cortaduras C C, destinadas á facilitar la defensa interior; ademas se halla envuelta por un foso y un camino cubierto provisto de plazas de armas entrantes cuyas baterías B B guardan los fosos.

La fortificacion poligonal, así llamada porque se presenta bajo la forma de un polígono convexo, por decirlo así, se llama tambien fortificacion de *caponera*, porque los fosos están defendidos por una caponera colocada sobre el medio del fuerte. Despues de la fortificacion circular, esta es la mas sencilla, la que tiene mayor capacidad interior para la estension de las murallas, y en fin la ménos costosa: tambien presenta una contra-guardia general, y un cuerpo principal formado de grandes cuerpos de casamatas (fig. 3.)

Carnot, gran geómetra y gran general, establecido en su libro *De la defensa de las plazas fuertes* (tan mal apreciado por Napoleon en sus Memorias) que lo que constituye la verdadera fuerza de la defensa son las salidas incessantes sobre los glacis y las baterías de morteros y de pedreras arrojando bombas y granadas sobre la tercera paralela de los sitiadores; y en su consecuencia coloca las baterías de esta clase sobre los puntos capitales de las obras; sustituye á los muros de contraescarpa, que incomodan los movimientos de las tropas, unos glacis en pendiente hácia la plaza y aista del parapeto de tierra, por un camino de ronda, el muro de escarpa provisto de arcos almenados, como se ve en el castillo de Vincennes (fig. 4.)

Tales son las ideas generales que han servido de base á la construcción de las nuevas plazas alemanas de Coblenz, de Rastadt, de Gernersheim, etc., etc.

La ciudad de Coblenz, situada en el ángulo formado por la confluencia del Rin y del Moselle se halla encerrada en un cuerpo principal á tenazas muy abiertas, ó mas bien poligonal con ángulos un poco metidos, presentando un parapeto con murallas sueltas á la Carnot. Las dos puertas de Maguncia y de Lohr, que son ciudadelas en pequeño, se hallan perfectamente organizadas para la defensa interior. La plaza se halla rodeada de fuertes suelos, todos ellos admirablemente situados. Esta posicion formidable, tiene fortificaciones tan románticas, si nos es permitido hablar así, como el sitio mismo que ocupan. La fortaleza se halla provista de agua por un pozo de trescientos pies de profundidad, sin

comunicación con el Rhin, y por medio de fúentes que atraviesan la llanura á beneficio de canales subterráneos. Algunos de los fuertes sueltos tienen minas muy bien entendidas.

Pero este nuevo sistema de fortificaciones alemanas, es casi desconocido en todo el resto de Europa. Sería de desear que las hermosas construcciones elevadas en ese país desde hace veinticinco años, obras de ingenios distinguidos

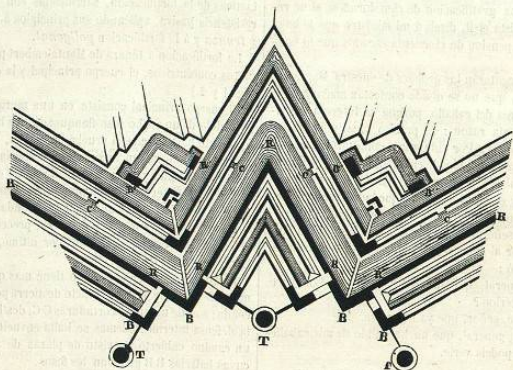


Fig. 1.



Fig. 2.

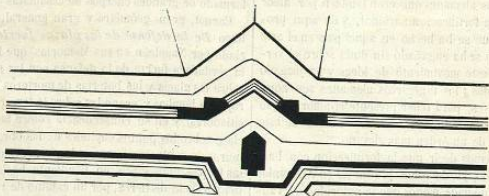


Fig. 3.

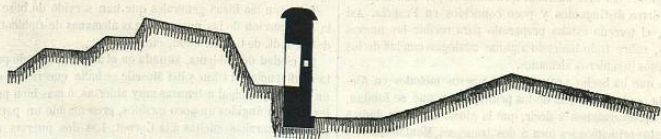


Fig. 4.

entre los cuales debemos citar al general Aster, principalmente á tomarse en consideración. La reforma está operada ya; acaso en Alemania han ido un poco lejos con su siste-

ma, pero parece seguro que en adelante la regla clásica de la fortificación con bastiones, no podrá considerarse, ni aun en Francia mismo, como la única que debe seguirse.

LAS EDADES.

(Véanse las págs. 219 y 225.)

III.—LA EDAD VIRIL.



Composicion y dibujo de Tony Johannot.

Los años de inspiración y de esperanza están ya lejos; el hombre ha revestido la armadura, y entrando en la lucha ha conocido la amargura de los reveses y el gozo de los triunfos; su frente antes tersa y luminosa como un cielo de estío

se halla cargada ahora con las nubes del otoño. Esa carrera en que entró oyendo el coro de las hadas de la juventud, la va recorriendo ahora impelido por el rudo mando de la realidad.

había dejado de acudir al llamamiento, y la reunion estaba completa. Se trataba de deliberar sobre un asunto tan importante como el que Domiciano sometió á las graves deliberaciones del Senado romano, convocado para decidir sobre la salsa que convendría mejor á un magnífico pescado.

Luis Felipe y su hijo primogénito se acercaban á Viré en su viaje de Normandía, en los primeros días del otoño de 1830; debían honrar con su presencia la linda población regada por el río Viré, que le ha dado su nombre; pero lo que mas contribuía á agitar la industriosa población de la capital de subprefectura, era que se había anunciado una revista de la guardia nacional, como complemento indispensable de la visita real.

De qué modo había de corresponder la población de Viré al honor que se le hacia? Cada uno de los consejeros municipales queria que la industria por que él tenia interés, alcanzara la gloria de presentar una de sus mejores muestras al rey y á su primogénito. Al fin la votación decidió la cuestión en favor del caballo normando. Se determinó que cuatro miembros del consejo municipal irían á felicitar al monarca y á su hijo, y á ofrecerles dos magníficos caballos de silla de Normandía, para pasar revista á la guardia nacional.

Los cuatro consejeros municipales encargados de esta comision, se pusieron en camino; iban á caballo, y uno de ellos, M. Lev., montaba á Acacia. Apenas habían llegado á la aldea en que debían detenerse los príncipes, un correo anunció la llegada de los augustos viajeros. Los caballos que montaban los miembros de la diputación, y los dos que debían ser ofrecidos al rey y á su hijo, estaban á la verja de la casa de postas.

La silla de posta de los dos viajeros se detuvo allí; el duque de Orleans bajó el primero, y dió la mano á su padre para ayudarle á bajar.

Los miembros de la diputación estaban á algunos pasos, en una actitud respetuosa, y conforme con el carácter de su comision.

Luis Felipe adivinó en seguida que iba á oír un esfuerzo de la elocuencia normanda. El orador fué el mismo M. Lev., el nuevo poseedor de Acacia; las últimas palabras de la arenga anunciaban á Luis Felipe el homenaje de los caballos.

El rey dió gracias á la población de Viré, en la persona de sus representantes; despues, acercándose á los caballos destinados á los ilustres viajeros, los examinó con mucha atención.

— Señores, dijo, aceptaría con mucho gusto el hermoso caballo normando que me acabais de ofrecer, si me responderais de su docilidad; pues, como veis, no tengo veinte años. Mi hijo no os hará la misma observación; y si yo tuviese su edad, ya estaría á caballo.

Los diputados se miraban, y parecia que se consultaban: — Por Dios, señores, añadió el rey, no interpretéis mal mis palabras, que no son otra cosa en realidad que el elogio del caballo normando; pero sus brillantes cualidades, su edad y su fuego, son defectos y peligros para un ginete que raya en los sesenta, y que no ha sido nunca un Francot. M. Lev... se encargó de contestar al rey.

— Señor, le dijo, no podemos, no debemos aceptar la responsabilidad; no podemos responder á vuestra Majestad...

— De que vuestro caballo normando me jugaría una mala pasada... Pero, en fin, yo no puedo pasar á pié la revista á vuestra guardia nacional.

Mientras hablaba así, el rey miraba á los demás caballos; acercándose á uno, que le pareció pacífico, y que no era otro que Acacia, preguntó:

— De quién es este?
— Mio, señor, contestó M. Lev... Ab! le ofrezco con tanto mayor gusto á vuestra Majestad, porque si consigue el honor de que le monteis, estará en el lugar que le corresponde.

Las miradas y los gestos del rey manifestaron la sorpresa.

— Qué le corresponde! oh! oh! contestó riendo; es caballo muy extraordinario?

— Señor, llevó á Napoleon en Waterloo, y Carlos X le montó mas de una vez; procede de las caballerizas reales.

Luis Felipe examinó el caballo con mas atención, mientras que el duque de Orleans le acariciaba con la mano.

— ¡ Bueno! dijo el rey, montaré este animal, ya que lo poneis á mi disposición.

Al ver el orgullo con que Acacia, sosteniendo al monarca, levantaba la cabeza al pasar por delante de la guardia nacional, se habría podido creer que comprendía que no llevaba encima á un ginete ordinario. Había recobrado su antiguo ardor. El rey quedó satisfecho de él, y dió las gracias á M. Lev... despues de la revista.

— Sabeis, le dijo, que se podrian hacer aun una ó dos campañas con vuestro caballo! Pero ya ha merecido reposar; quiero dejarlo, porque estoy persuadido de que estará mejor en vuestra cuadra que en las mias, en las cuales no tengo noticia de que se guar... en grandes consideraciones á las grandezas caídas. Pero cuando muera, hacédmelo saber, lo reemplazaré con un caballo mio; espero que no lo rehusareis; lo aceptareis con un recuerdo de este día.

— Puesto que V. M. lo exige, no tengo ninguna objeción que hacer.

— Muy bien: no lo olvidéis, y si acaso yo lo olvidase, tened la bondad de recordarme que soy vuestro deudor... que os debo un caballo de mis caballerizas.

(Se concluirá.)

EL SOPLADOR.

Los sopladores, pertenecientes al órden de los cetáceos y al género de los delphinés, difieren de los demás peces por muchos caracteres notables.

No tienen escamas, sino una piel suave y fina como la seda; se hallan provistos de aletas articuladas como la mano del hombre, y de cañones por donde arrojan el agua; respiran por los pulmones, y tienen caliente la sangre; son vivíperos, esto es, hacen sus pequeñuelos vivos, y mamíferos tambien puesto que les dan de mamar como los cuadrúpedos; tienen mucho gordo, y por último poseen acentos para manifestar el amor, el dolor ó la ira.

El cetáceo que se ve en nuestra lámina, llamado vulgarmente *soplador*, es de la especie del cachalote, llamado *macrocefalo*, lo que significa *cabeza larga*; su longitud varia de treinta á cincuenta piés, aunque se vieron algunos en la: paricion que hicieron en las costas de Bretaña en 1784, que tenían hasta sesenta.

El macrocefalo es el tirano de los mares. Su prodigiosa fuerza se halla secundada por una agilidad increíble para nadar, sumergirse y levantarse sobre las olas. Semejante al tigre ataca y mata sin provocación aun cuando no esté hambriento, movido unicamente por el instinto de su ferocidad. Es tan temido de los pescadores islandeses que ni aun

siquiera se atreven á pronunciar su nombre cuando están en la mar. Los macrocefalos habitan ordinariamente en los mares del Norte, y viajan en crecido número.

El cuerpo de los macrocefalos encierra varias riquezas. Primeramente su lengua carnuda, y enorme, porque llena todo el fondo del paladar, es un manjar delicado. Además entre la carne y la piel tienen un tocino de unas siete pulgadas de grueso, que derretido da un aceite muy útil para

ciertas artes, y sobre todo para los curtidos. De sus fibras se saca una excelente cola, y por último llevan consigo el combustible necesario para la preparación de esos productos: su esqueleto arde como la mejor leña.

La sustancia blanca llamada impropriamente *celebro de ballena* se halla contenida en una vasta cavidad que ocupa mas de una cuarta parte de la cabeza del animal, diferenciándose de la materia del cerebro que es muy pequeño.



El soplador. — (Aparición de sopladores en las costas de Bretaña en 1784.)

Esta materia, líquida cuando vive el animal, se cuaja al enfriarse y acaba por ponerse dura; se conserva en tarros bien cerrados, no mancha, y se quita con solo frotarla. Algunos aseguran que esta sustancia es un específico soberano para las llagas cuando son recientes. Tambien se hacen con ella buenas bugias que producen una hermosa llama. Hasta veinte toneles de este producto precioso pueden sacarse de un macrocefalo.

Hay además en él otra materia en bolas, llamada *ambar gris*, perfume que tiene un gran valor en el comercio, que se va mejorando con el tiempo, y cuya fuerza se aumenta aun mezclando otros aromas. El ambar gris es combustible, y tan ligero que flota aun sobre el agua dulce.

UNA CAZA EN RUSIA.

EL MATADOR DE OSOS.

En el mes de marzo de 1842 me hallaba yo en el país de Jarossiaff, uno de los mas bellos países de la Rusia, y que recuerda los países de la Turena. Su capital Jarossiaff se le-

vanta sobre unas imponentes alturas, y es bañada por las aguas del Volga, que corre á sus piés. El gobernador era entonces el general Poltaratzki, uno de los mas antiguos generales de Alejandro, hombre de ciencia y de un valor á toda prueba. Hacia ya mucho que ocupaba este importante puesto, y era querido de todo el mundo.

A mi llegada presenté al general gobernador una carta de recomendación de uno de sus amigos de San Petersburgo, y me invitó para aquella misma noche á una de sus reuniones. Allí hice conocimiento con algunas personas de distinción que, á pesar de lo que han dicho sobre los rusos muchos escritores, me parecieron personas sumamente afables y de un trato muy distinguido.

La esposa del gobernador, que es de mucho talento, era el alma de aquella reunion. Su hijo Borsí, que entonces era un muchacho, pero que prometía lo que ha llegado á ser, esto es, uno de los mas valientes y cumplidos oficiales de la guardia imperial, que es uno de los cuerpos mejor organizados de Europa, secundaba á su madre, en cuanto estaba de su parte, para amenizar estas reuniones.